



Trabajos literarios realizados en el

Taller literario de la Embajada Argentina en Francia
dirigido por **ALICIA DUJOVNE ORTIZ**

PIPO, EL PELUQUERO
por **ILIA CASTRO**

PIPO, el peluquero

Los años pasaron, tenía el pelo liso, no lacio, liso y rubio, muy rubio. De esos rubios cenizas en las raíces y bien rubios, arrubriados por el sol.

Ya tenía unos 10 años, la moda había cambiado, ahora se usaba el pelo corto. Así que mi madre, un día, decidió llevarme a lo de PIPO, «EL» peluquero de moda.

PIPO, en la vidriera decía PIPO, Pipo, en letras grandes, redondas. Entramos. Tomada de la mano de mi madre que atravesaba la peluquería, observaba. Mujeres, un montón de mujeres sentadas, alineadas, a la derecha y a la izquierda. Las de la derecha, frente al espejo, una infinita pared espejada; las de la izquierda esperando. Todas con la cabeza entoallada, esperando ser la elegida. Curiosa, las miraba.

Mi madre saludaba, conocía a todo el mundo. Pipo paseaba de mujer en mujer, tijeras en mano, cortando pelos por aquí, tijereteando pelos por allá... Cuando vio a mi mamá, ohh, ahh, la saludó como si fuera ... una reina. Agasajada, me presentó. Pipo me miró, miró mi pelo, lo tocó (no me gusta que me toquen el pelo!) y con gracia, levantó su mano-tijera, llamando. Inmediatamente, llegó una asistente que me llevó al vientre de la peluquería. Me sentaron, me elevaron, me volcaron la cabeza hacia atrás, dolor en la nuca, pelo lavado, salí entoallada y me encontré en medio de todas esas mujeres, esperando yo también. Esperando. Contemplando. Observando cómo PIPO ágilmente manipulaba sus tijeras y se divertía cortando a su antojo las cabezas de esas mujeres. Cortes extravagantes, cortes extraños, cortes... cortes.

Mi turno llegó, PIPO el peluquero mandó a poner unas guías de teléfono en la silla y pidió la navaja. La navaja? La navaja llegó, y navaja en mano: chzin, chzin, chzin, mechón por mechón, me fue cortando el pelo, corto, corto y más corto, muy cortito, como un varoncito. Aún hoy siento mi cara desfigurarse lentamente frente al espejo... pero por no defraudar la alegría de mi madre (de que su hija tuviese un corte a la moda, a la moda de los adultos, y encima, ahorrarse el trabajo de mi pelo,) mis lágrimas me quedaron adentro, contenidas; por un rato. Una vez el corte terminado, todos vinieron a mirarme, digo la gente de la peluquería, admirar... me o a admirar el corte. Mis ojos fijos en mis ojos, frente al espejo, sin mirar francamente el corte, al que veía más allá de todo.

Salimos. Mi madre me llevaba de la mano, orgullosa con su hijita bonita a la moda. Hija bonita a la que las lágrimas le corrían silenciosamente por su cara. Paró un taxi y en cuanto subimos, las lágrimas saltaron a borbotones y me puse a llorar, a llorar a cántaros, tanto que mi madre me dio un cachetazo de aquellos. Yo no podía parar de llorar y como no paraba, al llegar a casa me metió en la ducha de agua fría para calmar, según ella, mi ataque de histeria.